

Epílogo

La conquista de México por las huestes de Hernán Cortés y sus aliados indígenas es sin duda el suceso de mayor importancia de la historia de los mexicanos. En la historia del mundo, destaca igualmente por su dramatismo, su significación y también su extrañeza: en pocos años, esa victoria incorporó el territorio mexicano — más de tres veces mayor que el de España — y sus ricas y diversas culturas al occidente regido por Europa, y sometió a estas a un imperio y una religión venidos de allende el mar. Esa conquista comenzó en las costas del Caribe y el Atlántico y continuó cada vez más hacia el centro, el norte y el sur, pero su vórtice fue la caída del imperio de México-Tenochtitlan, que comandaba el gran *tlahtoani* Moctezuma. Esta historia, desde su partida de Cuba a la isla de Cozumel hasta conquistas más remotas y la suerte posterior de Hernán Cortés, es la que cuenta Bernal Díaz del Castillo, un soldado más, que escribió su manuscrito en Guatemala y lo terminó en 1568, varias décadas después de los hechos.

Como el lector habrá podido apreciar, es este un relato de quien estuvo en el terreno en esos pocos años tumultuosos, organizado de modo cronológico y con buena lógica, lo que se debe en buena parte, según se dice, a que utilizó como modelo la obra del capellán Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias* (1552). Gracias a una memoria prodigiosa, Bernal cuenta de modo natural, humano, vívido y detallado, una profusión de hechos y de-

talles acerca de personajes, encuentros, batallas, intrigas, vicisitudes y comportamientos de unos y otros. Admira a Cortés pero lo pone en su sitio cuando sus recuerdos así se lo indican. Es, por todo ello, una lectura posible y amena, lo que ya es mucho tratándose de un escrito largo que relata hechos remotos en el tiempo y en el espacio.

Es, desde luego, el punto de vista de uno de los conquistadores, o se podría decir invasores; de un castellano del siglo XVI, convencido de la supremacía absoluta de la religión católica, la que era un deber propagar entre los infieles, y sometido a la lógica de la guerra, cuyo imperativo primero es ganar, lo que incluye someter, engañar, masacrar, y desde luego —una constante en todas las guerras antiguas y muchas de las modernas— disponer de las mujeres como parte del botín. Con una salvedad importante: desde el inicio de las conquistas americanas, los teólogos españoles, con Francisco de Victoria a la cabeza, cuestionaron la justicia de estas conquistas y defendieron límites para las mismas, una defensa que también enarbolaron desde América diversos frailes guiados por fray Bartolomé de las Casas. A fin de cuentas, determinaron que la implantación de la fe cristiana y la erradicación de las creencias idolátricas eran una justificación suficiente para apoderarse de esas naciones, pero que ello no podía pasar por destruir o despojar a los pobladores de sus bienes, sus derechos y sus vidas. Los empeños de todos estos humanistas llevaron al reconocimiento, por parte del papado y de Isabel la Católica, de la humanidad de los americanos, lo que implicaba entre otras cosas que no era legítimo esclavizarlos en masa, que fue la suerte de la África negra. Muchos maltratos se abolieron en las Leyes Nuevas (1542), la esclavización de los indígenas como tal se prohibió en 1551 y aun hubo un funcionario dedicado a buscar esclavos para liberarlos, tarea improbable que tuvo escasos frutos. Los derechos de las poblaciones indígenas se consagraron en esas y otras legislaciones.

La abolición de la esclavitud llegó tarde, después de décadas de destrucción de poblaciones enteras, del herraje de innumerables rostros con la G de guerra o la R de rescate (en el caso de los esclavos de los nativos, rescatados para ser esclavos de los españoles). Y no fue completa, pues cada nueva región por conquistar veía

nuevos crímenes y nuevas esclavizaciones, particularmente la conquista de la Nueva Galicia por Nuño de Guzmán. El procedimiento para la conquista y la eventual esclavización —cuerdas de habitantes arrastrados a trabajos forzados cerca o lejos de su tierra— era semilegal y se basó en una argucia que ha descrito con precisión el historiador Hugh Thomas. Moctezuma recibió en su palacio al recién llegado Cortés y a sus hombres con la cortesía nahua que aún se estila en México: ésta es su casa, estoy para servirlos. Cortés interpretó aquello como una rendición. Así de simple. Esa conversación fue relatada por los principales cronistas, incluidos Bernal y otros testigos presenciales que no observaron el malentendido lingüístico y cultural. Cargaba una trampa que abrió un abismo: al darse por un hecho la rendición del emperador, toda resistencia posterior de poblaciones de cualquier parte del inmenso y densamente poblado territorio se dictaminaría, con justificación legal, como rebeldía y agresión, lo que autorizaba a los españoles darles guerra e incluía la G en la frente. Eso sí: se leía primero en voz alta, en latín, el llamado *Requerimiento*, para que vinieran en paz.

De todo ello quedó en personajes como Bernal un cierto malestar: sostiene el marco legal pero critica los excesos de soldados y pobladores de pocos escrúpulos, y aun defiende haber liberado a gente esclavizada injustamente. Sus escrúpulos reflejan la evolución favorable de la opinión de la Corona sobre el tema, así como el prolongado juicio de residencia de Hernán Cortés, que versó sobre esos y otros abusos. Bernal dedicó al tema nada menos que el penúltimo capítulo de su obra, el CCXIII, que fue omitido en la primera edición, de 1632, y solo recuperado en ediciones del siglo XIX y en algunas modernas. La edición mexicana de Porrúa lo incluye. Se llama «Por qué causa en esta Nueva España se herraron muchos indios e indias por esclavos, y la declaración que sobre ello doy».*

* El capítulo CCXIII no aparece en esta versión por tratar en gran medida de acontecimientos ya relatados en otros capítulos. En él Bernal Díaz del Castillo señala: «Quiero también escribir aquí que más valiera que enviáramos a suplicar a Su Majestad que nos hiciese muchas mercedes, porque si lo alcanzaba a saber [cómo se herró a los indios], como era cristianísimo, o los señores que mandaban en aquel tiempo en el consejo de Indias supieran lo que después sucedió sobre ello, como en

La historia de la conquista de México de Bernal Díaz del Castillo es rica en episodios muy o poco conocidos, de retratos finos y perceptivos de diversos personajes, y de multitud de «pormenores curiosos», como escribió José Luis Martínez en su *Hernán Cortés* (1990). En el centro de la vorágine que enfrentó a dos civilizaciones que solo recientemente habían tenido contactos puntuales, se produjo un periodo insólito: la larga —seis meses— convivencia de los dos bandos en México-Tenochtitlan, estando Moctezuma cautivo en su propio palacio. Un periodo de ominosa calma chicha, de callada debacle del imperio, que se rompió cuando Cortés debió salir a enfrentar el desembarco del ejército de Pánfilo de Narváez, enviado por su enemigo Diego Velázquez, el gobernador de Cuba. En ausencia de Cortés ocurrió la masacre del Templo Mayor y se desató la guerra. Otros sucesos notables de los cuales Bernal es fuente de primera importancia son la incorporación de Marina, la Malinche, al lado de Cortés, la masacre de Cholula y tantos otros. Sobresalen la descripción minuciosa del mercado, los diversos oficios y servicios, los jardines, los templos, las casas y la notable organización de la enorme, pulcra y hermosa ciudad. Y las conversaciones, por ejemplo aquella en que Moctezuma contesta a Cortés, quien le pedía reformar su religión: «Oh, Malinche, ¡cómo queréis echar a perder toda esta ciudad! Porque nuestros dioses estarán muy enojados con nosotros, y ni siquiera sé qué pasará con vuestras vidas». Y descripciones como esta del emperador Cuauhtémoc, el último *huey tlahtoani* mexica: «Era una persona de aspecto muy agraciado tanto de cuerpo como de facciones. Tenía la cara un poco ancha y alegre, y los ojos cuando miraban más parecía que lo hacían con gravedad que halagüeños, y no había defecto en ellos».

todo lo que proveen desean acertar, Su Majestad nunca habría mandado dar tal licencia, ni en su Real Consejo se hubiera provisto. Porque ciertamente hubo grandes fraudes sobre el herrar de los indios. Porque como los hombres no somos todos muy buenos, antes hay algunos de mala conciencia, y como en aquel tiempo vinieron de Castilla y de las islas muchos españoles pobres y de gran codicia, caninos y hambrientos por tener riquezas y esclavos, tenían tales maneras que herrarban a los libres». (*N. del E.*)

Algunas de las principales fuentes españolas de la conquista de México son, en primer lugar, las *Cartas de relación* del propio Hernán Cortés; nuestro Bernal Díaz del Castillo; la mencionada *Historia General de las Indias* de Francisco López de Gómara, y la *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, de fray Diego Durán. Pero tenemos también los testimonios de los mexicanos, muchos de los cuales fueron recogidos en *Visión de los vencidos*, de Miguel León-Portilla, publicado originalmente en 1959. A los escritos se suman los testimonios visuales, tan impactantes como informativos, tales como los del libro XII de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún, un texto en náhuatl, y las pinturas descriptivas de informantes indígenas que sufrieron la conquista, como el *Lienzo de Tlaxcala* y muchos otros.

Aspectos centrales de la historia de la conquista siguen produciendo perplejidad en los historiadores y lectores: entre ellos, ¿por qué provincias indígenas como Cempoala, Tlaxcala y Tetzcucó se aliaron con Cortés hasta el final, cuando su unión con el imperio azteca acaso les hubiera dado la victoria? ¿Cuál fue en realidad la conducta política de Moctezuma? ¿Era fatalista, como se creyó por siglos, o tenía una estrategia que simplemente no fue suficiente? Por ello, la lectura de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal y la propuesta editorial de una versión reducida y traducida al español actual a la que este epílogo acompaña son siempre bienvenidos, para que se siga conociendo este testimonio asombroso de un acontecimiento histórico inigualable.

ANDREA MARTÍNEZ BARACS